



Discurso de Su Santidad el Patriarca Ecumenico Bartolomé I



Bartolomé I es el actual Patriarca de Constantinopla desde el 2 de noviembre de 1991. Su título oficial es Arzobispo de Constantinopla, Nueva Roma y Patriarca Ecuménico. El patriarca de Constantinopla tiene primacía de honor (*primus inter pares*) entre los jefes de las Iglesias ortodoxas. Actualmente tiene jurisdicción sobre unos 3,5 millones de fieles dispersos por la diáspora, así como a los ortodoxos de Turquía y de la islas del mar Egeo.

CEREMONIA PARA LA FIRMA DE LA DECLARACION CONJUNTA DE LOS LIDERES RELIGIOSOS CONTRA LA ESCLAVITUD

Casina Pio IV, martes, 2 de diciembre 2014

Mis queridos amigos:

Es un privilegio especial y un placer sincero responder a la invitación de nuestros amados hermanos, Su Santidad el Papa Francisco y Su Gracia Justin Welby, Arzobispo de Canterbury, cofundadores de la Global Freedom Network, para dirigirme a todos los asistentes de esta reunión y respaldar la Declaración universal contra las formas modernas de la esclavitud.

Queremos asegurarles que nos solidarizamos y nos comprometemos con su lucha para erradicar las expresiones modernas de la esclavitud, ya que representan una desgracia ante los ojos de Dios, una deshonra para la humanidad y una degradación de todas las víctimas inocentes, que fueron hechas a imagen y semejanza de nuestro Creador celestial.

Desearíamos traer a su consideración tres observaciones relacionadas con el imperativo moral de abolir la trata de personas y el trabajo forzado:

(i) En primer lugar, *¡qué irónico y, al mismo tiempo, qué trágico* que en el siglo XXI sigamos teniendo que hacer frente al desafío moral de la esclavitud! De hecho, la esclavitud en la actualidad es una práctica más malvada e inhumana que en los albores del cristianismo o incluso en siglos más recientes. Porque en nuestros días debemos oponernos y responder a una realidad invisible, clandestina y encubierta: una realidad que explota de forma descarada y sin compasión a hombres y mujeres de cualquier edad, raza y religión a través de acciones delictivas y abusivas tales como la trata de personas, el trabajo forzado, la prostitución y el tráfico de órganos.

(ii) En segundo lugar, *¡qué irónico y, al mismo tiempo, qué trágico* que, una vez más, los que resultan afectados de manera más profunda y negativa sean las personas más humildes y vulnerables de nuestro mundo! Es necio y arrogante que los ricos y poderosos imaginen que pueden apropiarse del trabajo de otros y utilizarlo para lucrar y satisfacer su ambición. Es pecaminoso e inmoral que algunas personas saquen provecho del cuerpo o de los órganos de otros y los exploten, como si de algún modo fuesen una entidad separada o desconectada de su alma y de su espíritu. Y, sin duda, es blasfemo y soberbio reducir a nuestros hermanos y hermanas –de cualquier sexo, raza y edad– a un único aspecto del misterio y del destino para el que fueron creados por el Dios que da vida. El cuerpo y la productividad de los demás no nos pertenecen; solo nos corresponde respetarlos y tratarlos con dignidad.

(iii) En tercer lugar, *¡qué irónico y, al mismo tiempo, qué trágico* que, mientras nos esforzamos por establecer límites y plazos para proteger la naturaleza, ese regalo que Dios ha dado al mundo, sigamos indiferentes y no prestemos atención al abuso opresivo hacia seres humanos que portan el sello mismo de la gracia divina! Aún no hemos comprendido que la contaminación y la destrucción de la ecología, por un lado,

y la esclavitud y la explotación del ser humano, por el otro, son dos caras de la misma moneda. Es nuestra vocación humana y divina recordar y reconocer que la forma en que tratamos a nuestro prójimo guarda relación directa con la manera en que cuidamos de nuestro medioambiente. Asimismo, el modo en que respondemos a nuestro medioambiente se ve inmediatamente reflejado en cómo nos comportamos con los demás seres humanos.

Mis queridos hermanas y hermanos, tengamos siempre presente ante nuestros ojos y nuestros corazones que «del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella» (Salmos 24.1), incluidos todos los seres humanos, así como los órganos que conforman su cuerpo. Solo Dios es el Señor de toda la humanidad y el amo de toda la creación. A Él pertenece toda la gloria, el honor y la adoración. Amén.